

Europa y el dólar

WALTER LAQUEUR

LA VANGUARDIA, 6.04.08

Ben Bernanke, presidente de la Reserva Federal estadounidense, es al día de hoy la figura más importante de EE. UU. Enseñó muchos años en la Universidad de Princeton y se especializó en la gran depresión de los años treinta. Sin embargo, no está claro que las enseñanzas de aquella crisis puedan brindar la varita mágica que solucione la crisis actual. Bernanke ha sido objeto de las críticas de los conservadores por intentar salvar a los bancos en quiebra y seguir tirando el dinero, en tanto que otros le han censurado por intervenir demasiado tarde.

No obstante, la crisis actual coincide con la depresión de los años treinta y posiblemente el resto de las crisis en que se observa casi indefectiblemente la presencia destacada de un factor psicológico.

¿Por qué? Pues porque en todas estas crisis el factor desencadenante ha sido psicológico. La economía real (administración y distribución de recursos tangibles en la sociedad) no atravesaba una situación crítica, pero los mercados financieros se basan en la confianza. Y, perdida la confianza, la gente puso pies en polvorosa y surgió el pánico. Así sucedió incluso en una de las primeras crisis de que se tiene noticia, cuando la burbuja de la South Sea Company en 1720 derivó en el desplome de la Bolsa de Londres debido a las promesas fraudulentas de la empresa relativas a sus riquezas en los mares del sur.

En el curso de la crisis, Isaac Newton recibió la visita de numerosas personas interesadas en sus pronósticos sobre el asunto. Newton

respondió que era incapaz de explicar la locura de las multitudes (él mismo, sin embargo, se contó también entre las víctimas del escándalo).

En una crisis económica, la producción debería menguar. Pero no ha sido normalmente el caso. Los historiadores económicos nos informan de que EE. UU. y gran parte de Europa cayeron en recesión entre 1873 y 1896, aun cuando la producción industrial aumentaba en todos estos países y concretamente en EE. UU. se cuadruplicaba. En la actualidad, las economías estadounidense y europea crecen (para no hablar de los casos de China e India), si bien no de manera notable. Las previsiones para los años 2008 y 2009 apuntan también a un crecimiento aunque en menor medida que en los últimos años.

¿Cuál es, entonces, el problema? Que la economía real a la que antes me refería no coincide con los mercados financieros, que dependen de la confianza; factor que, en caso de perderse, no se restituye ni se recupera fácilmente. Los torpes bancos inversores y corredores de bolsa que actuaron sin cautela ni freno, concediendo préstamos y créditos sin garantía de recuperación - y que fueron presa de pánico cuando las cosas se torcieron-, son ahora objeto de las iras de la ciudadanía. Pero muchos de ellos cobraron elevados salarios e incentivos por sus equivocados consejos.

¿Hacia dónde vamos? Por desgracia, la respuesta de Newton aún es de aplicación. Los gobiernos habrán de adoptar un papel más activo a la hora de restablecer la estabilidad y arbitrar mecanismos de control en el futuro. Probablemente, ni un solo gobierno se hallará en condiciones de hacerlo, de modo que habrá de alcanzarse un deseable grado de

coordinación y cooperación entre los responsables de las principales economías del mundo.

Parte de las cuestiones pueden solucionarse sin excesivo ánimo intervencionista (pienso en los costes crecientes de los alimentos en todo el mundo, aunque tras las malas cosechas de los últimos años las tornas pueden cambiar).

Indudablemente, el problema alcanzará a Europa, Asia y el resto del mundo. En el siglo XIX, las crisis no quedaban confinadas a un solo país. La recesión entre 1873 y 1896 a la que me he referido antes dio comienzo con el desplome de la Bolsa de Viena, pero pronto se propagó al resto del mundo. Lo propio puede decirse de la de 1929 y es de temer que el fenómeno se intensifique en un mundo globalizado. A Europa le resultará más difícil exportar no sólo a EE. UU. sino también al Extremo Oriente e incluso en el seno de la propia UE. El euro está demasiado alto y, si se devaluara, se producirían problemas de otra índole. A China le costará mantener sus exportaciones e incluso es probable que pasen apuros los países productores de petróleo. Todo ello no entraña necesariamente que una honda crisis se dilate a lo largo de muchos años. Al fin y al cabo, se han podido extraer algunas lecciones del pasado. Pero no es probable que la recesión termine pronto.

¿Cómo influirá la crisis en las elecciones estadounidenses? El Partido Republicano está en el poder, así que probablemente se le achacarán las actuales dificultades y de ello se beneficiará el Partido Demócrata. Así llegó al poder Roosevelt en 1933. Pero no siempre ha sido así. La recesión bajo el mandato de Reagan no perjudicó a los republicanos y el parón del puntocom ni interés- en la economía. Todos los candidatos

cuentan con reputados expertos y consejeros, pero nadie garantiza que sean de fiar: estos últimos años ya hemos padecido los efectos de muchos malos consejos de mentes preclaras y famosas... Y, además, los candidatos tampoco difieren tanto entre sí: Obama no es un radical y McCain ha pasado por alto con frecuencia los intereses de las grandes empresas.

W. LAQUEUR es director del Instituto de Estudios Estratégicos de Washington

Traducción: José María Puig de la Bellacasa